

El púlpito se levanta
 Sobre aquel mar de cabezas,
 Y "¡ay del insurgente!" clama
 Desde lo alto Labarrieta,
 Sacerdote, y fiel sirviente
 De la Iglesia y de Venegas.
 De su voz, que al trueno imita,
 Se desata el anatema,
 Y el gentío se anonada
 Cuando alza sus manos trémulas.
 Los acentos furibundos
 De su acerada elocuencia,
 Se dirigen á unas cajas
 De negros paños cubiertas,
 Y que el vulgo conmovido
 Ya sospecha lo que encierran
 "Oyeme, Miguel Hidalgo,"
 Exclamó la voz siniestra,
 "Fuiste en el mundo mi amigo,
 "Mas á tal crimen, tal pena."
 Y salieron de las cajas
 Como por sí, unas cabezas
 Con los cabellos hirsutos,
 Con manchas de sangre negras,
 Amarillas, espantosas,
 Rígidas, pero completas,
 Que con los ojos cerrados
 Mudas giran y voltean.

"Escarmiento!" grita el Padre,
 Y la multitud se aterra,
 Y su voz se repercute
 En las montañas excelsas,
 Cual si sus gritos lanzara
 Desde la ciudad escueta,
 La congoja reprimiendo,
 Que ni á respirar acierta.
 El pueblo va conociendo
 De una en una las cabezas,
 Y los nombres en voz baja
 Con sordo acento resuenan.
 Hidalgo, Allende, Jiménez,
 Y Aldama, miran de cerca,
 Y parece que al mirarlos
 Dan de vida claras muestras
 En cuatro gruesas escarpías
 A los cuatro vientos puestas,
 Los verdugos impassibles
 Colocaron las cabezas
 Y allí quedaron, para unos
 De escarmiento como muestra,
 Pero para otros clamando
 Por la Santa Independencia.
 Cuando pasan los patriotas
 Les juran venganza eterna;
 Cuando bajo esas escarpías
 La humilde plebe atraviesa,

Detiene los tristes pasos,
 Se persigna con la diestra,
 Y se descubre la frente
 Con amor y reverencia.

ROMANCE DEL PADRE TALAMANTES.

I

Bulto negro, bulto negro
 Que remedas el espanto,
 En las sombras de la noche
 Y en paraje tan extraño
 Dime si eres alma en pena
 Para rezarte un sudario,
 Y si andas en aventuras
 Para encomendarte al diablo.
 Así pensaba un esbirro,
 Las pisadas acechando
 De un bulto, que desprendido
 De la espalda de Palacio,
 Por plazas y callejones
 Se escurria cual relámpago.
 Al Puente de Manzanares:
 El bulto guia sus pasos,

Y llega á la puerta falsa
 Del convento venerado
 De la Merced, do penetra,
 Al vil sabueso burlando;
 Pero tiene tal consigna
 El esbirro, es tal su cargo,
 Y el Oidor que lo dirige
 Tiene tal poder y mando,
 Que á pesar de los pesares,
 Y del sueño y del cansancio,
 Frente de la puerta dijo:
 "No hay remedio, aquí me clavo."

II

En una apartada celda
 Del templo de la Merced,
 Asilo de un padre grave
 Y de su claustro honra y préz,
 Con sillones de vaqueta,
 Con libros como á granel,
 Con Cristo de Guatemala
 Y con pretensioso tren,
 Entraba el desconocido
 Que hora vais á conocer.

—Fr. Melchor, al fin nos vemos.

—Gracias mil, señor Virey.

—Tomad asiento.—

Sentóse;

Sentóse el Padre tambien

Miéntras ordena el legajo

Que entre sus manos se ve,

Que bosqueje su retrato

Diligente mi pincel:

Fr. Melchor de Talamantes,

Que al frente, lector, teneis,

Vió en Lima la luz primera;

Y su influjo y su saber

Le trajeron á este suelo,

Que era su encanto y su bien.

Cabello de ébano y nieve,

Flaco, de amarilla tez,

Ojos hundidos y negros,

Alta frente, hundida sien

Que anunciaba penitencia,

Seriedad y madurez,

Y desprecio de las galas

Y del mundano oropel;

Pero si un punto alumbraba

En ese ascético sér

De libertad una chispa,

Un destello de su ley,

Entónces se trasformaba,

Y ardiente y con altivez,
 Y dominante y sublime,
 De independencía el poder
 Encarecía elocuente,
 Y subyugaba también.
 Él al saber lo de España
 Y la invasión del francés
 Multiplicóse atrevido,
 Y acudiendo á su saber,
 Formuló planes profundos,
 Sedujo astuto al Virey,
 Y para la Independencia
 Era apóstol y sosten.

III

El abultado legajo
 Dice: "*Representación*
De las Colonias," y explaya
 Sus derechos con valor,
 Y sus fueros; designaba
 A México cual Nación,
 Y al Virey confiere el mando,
 Y los títulos de honor....
 El Virey.... unos momentos
 Expresaba confusión;

Otros contento.... y á veces
 Como sorpresa y terror;
 Y al fin, le dijo en voz baja,
 Y tanto, que no se oyó,
 Que el fraile le echó los brazos
 Con grande satisfacción,
 Y su frente majestuosa
 Alumbraba como sol.

IV

Cambió la escena: ya mandan
 Los audaces Parianistas,
 Y de Garibay caduco
 Y su mano que vacila,
 Se desprenden como rayos
 Odio y venganzas inícuas.
 A Cardenal don Ciriaco
 Cual verdugo se designa
 Para hacer á Talamantes
 La farsa de la justicia.
 Se le requiere con furia;
 Él con voz despreciativa
 Contesta, y en sus principios
 Grande y severo se afirma.
 Se recurre á los halagos,
 Y el noble fraile se indigna;

Alza vago descontento,
 Rumores de simpatía,
 Y una inesperada aurora
 De Setiembre, triste y fría,
 Solitaria halló la celda
 A que Fr. Melchor dió vida.

A poco San Juan de Ulúa
 Vió en sus muros una víctima,
 Y no más porque el misterio
 Tendió mil sombras malditas
 Sobre el héroe, y ni su tumba
 Con lauros y siemprevivas
 Puede señalar al mundo
 La Patria reconocida.

ROMANCE SUELTO DE LA INSURRECCIÓN.

LEYENDA.

I

Chaqueton de paño burdo
 Vecino de la rodilla;
 Tosco pantalon mezclilla
 Con su franja carmesí;
 Cráneo macizo y cuadrado,
 Tosco pelo, ojo pequeño,
 Piel cual corteza de leño,
 Conjunto brusco y cerril.

El sombrero hasta las cejas,
 La camándula en la mano,
 Jactándose de cristiano
 Y de amigo del Virey;
 Juan Bautista de la Torre,
 Capitan de un regimiento,
 Érase en aquel momento
 Del vireinato sosten.

Y al correr de su rosario
Las harto melladas cuentas,
Soñaba escenas sangrientas
Para honra y gloria de Dios.

En el valle de Toluca
En que mandan él y Mora
Su segundo, asoladora
Dejó su huella el terror.

Canseco, jefe insurgente,
Su paso atrevido hostiga,
Y él en su saña enemiga,
A Dios y al rey por servir,
Tala pueblos, con la sangre
De los inermes se embriaga,
Y á cada muerte le halaga
"Bendito Dios" repetir.

Era el primer mes del año
De mil ochocientos once,
Cuando su pecho de bronce
Del primer triunfo gozó.
• Cacalomacan se nombra
La hacienda que entregó al fuego,
Aunque en tranquilo sosiego
Sus habitantes halló.

Y allí, en medio á los gemidos
De tortura y agonía,
Su rosario recorría
Con afable beatitud

Y así en el cerro de Zayas
Insurgentes se inmolaron,
Diciendo: "que se mandaron
Al infierno. Amén, Jesus."

Xocotitlan en pavesas
Guardó del tigre la pista,
Y era, en fin, don Juan Bautista
Del cielo la maldicion.

Saltó á la palestra López
Benedicto, y dijo: "Muera
Ese de entrañas de fiera
Y de los indios terror."

A su voz acude Oviedo,
Jefe entusiasta y despierto,
Y ya de Ocurio en el puerto
Resuelto á Torre esperó.

Torre acomete impetuoso,
Sorprende la artillería,
Y López, con bizarría
Carga, y su rudo furor

Con espada vengadora
 Dejó allí, para escarmiento,
 Hecho cadáver sangriento
 Al aborrecible Mora.

 II

Era el tropel de insurgentes
 Con hachas, piedras y palos
 Destrozando los cañones,
 Los ginetes derribando,
 Haciendo de proyectiles,
 Proyectiles desastrados,
 Los cadáveres que ruedan
 De las alturas al llano.
 Torre quiere guarecerse
 Y marcar audaz el alto
 A las chusmas, mas no pueden
 Los suyos hacer disparos,
 Por lo revueltos que llegan
 Con sus terribles contrarios.
 Emprende Torre la fuga,
 Pero detienen su paso
 Los árboles hechos muros,
 Hechos montes los peñascos.
 Oviedo entónces, á un rumbo
 Y López por el contrario,

Cercan á los fugitivos
 Con furor desesperado.
 A Torre se le miraba
 Dando señales de espanto,
 Junto á un Cura, su compadre,
 Confesarse arrodillado;
 Y despues dejó á los suyos
 A su suerte abandonados
 López á los prisioneros
 Trata afectuoso y humano,
 Y les dejó partir libres
 Luego que llegó á Zitácuaro.

 III

Rota la sangrienta espada
 Y en desórden el vestido,
 Con el cabello á los ojos
 Y de espanto dando indicios,
 Va don Juan Bautista Torre
 De Tuxpan por el camino,
 Huyendo de la derrota
 Que le dió don Benedicto.
 Éste, que de aquella fuga
 Recibe á tiempo el aviso,
 Le sorprende en Xaripeo,
 Hacienda, segun se dijo,

Que fué propiedad de Hidalgo,
 Nuestro adorado caudillo.
 Aprehendé López á Torre,
 Pero caballero y digno,
 Ni le dirige reproches
 Ni le sujeta á martirios,
 Que las almas bien templadas
 Honran hasta al enemigo;
 Pero á la vista del monstruo,
 El odio estalló en los indios,
 Y la tempestad revienta
 De los brutales instintos;
 Y como los vientos rasgan
 Negras nubes de granizo,
 Y como barre hojas secas
 El airado torbellino,
 Así sus piedras disparan
 Los indios enfurecidos
 Sobre Torre, sin que pueda
 Nadie compartirle auxilio.
 Era un huracan de rabia,
 Eran de odio los aullidos.
 Bajo las piedras se pierde
 El verdugo aborrecido,
 Y ni una cruz da señales
 Del lugar de su suplicio.

ROMANCE DE LA ENTRADA DE CALLEJA.

5 DE FEBRERO.

Las campanas se hacen rajas
 Y dan vuelta las esquilas;
 En torres y miradores
 Los gallardetes se agitan,
 Y rompen raudos cohetes
 Los aires que llevan "vivas."
 Accesorias y balcones
 Ostentan blancas cortinas,
 Ya plegadas con listones,
 O ya con bandas ceñidas.
 ¿Qué produce tanto gozo?
 ¿Qué enciende tanta alegría?
 Unos responden que el Santo
 De México honra y delicia,
 El de Jesus San Felipe,
 El que á México ilumina:
 Y lo prueban los altares
 Con sus velas encendidas,

Erigidos en las calles,
 Con arcos y alfombras ricas,
 Y desparramando incienso
 Que en nubes errantes gira.
 Otros dicen: "De Calleja
 Para hoy la entrada se fija,
 Y lo dicen esos arcos
 Que parten de la garita,
 Y lo proclama Palacio
 Que ostenta su artillería."

—
 "¡Honor al héroe esforzado!
 "¡Honor á su tropa invicta!"
 Unos gritan; otros rugen
 Con acentuada malicia:
 "Bien haces, Neron maldito,
 "De aprovechar este día
 "Para que nadie reniegue
 "Si las campanas repican."
 En las calles de Plateros
 Una multitud se agita,
 Que es cual torrente en el suelo,
 Que está como suspendida
 En balcones y ventanas,
 Que las alturas domina.
 Quitasoles, trajes, gorros,
 Cirios, arcos y cortinas,
 Forman conjunto que embriaga,

Y que deslumbra la vista.
 El cañon clama: "han llegado
 Las tropas," se alzan los "¡vivas!
 Y las músicas marciales
 Despiden sus armonías.
 Vienen llenando la calle
 Calleja y su comitiva,
 En arrogantes corceles
 Que á los vientos desafian;
 Y cuando más orgulloso
 Finge desdeñar los vivas,
 El corcel de Júdas Tornos,
 Mariscal de artillería,
 Se afosca con los aplausos,
 Se endereza, se encabrita,
 Da á Calleja en la cabeza,
 Del caballo le derriba,
 Entre alaridos de susto
 Y entre sofocadas risas.
 En casa de Rodallega,
 Dueño de una platería,
 Sobre hospitalario lecho
 Le confortan y le auxilian,
 Miéntras frente á los balcones
 Dice la gente maligna:
 "Este sí que es otro agüero
 "Que está muy bien que compita
 "Con aquella Santa Palma

“ En el cielo aparecida.
 “ A los piés de un mexicano,
 “ Y Santo, para más dicha,
 “ Dejó el tremendo Calleja
 “ Estampadas sus costillas.”
 Y bramaban con la chanza
 Las gentes de sacristía.
 Tras de dilatada pausa,
 Y mal seguro en la silla
 De su corcel, va Calleja,
 Y á Palacio se encamina.
 Allí el Virey le saluda
 Con cierta falsa sonrisa,
 Y marchan para la iglesia,
 Donde escuchan de rodillas
 El gran *Te Deum laudamus*
 Que los clérigos recitan,
 Esclavos de los soldados
 Que á los pueblos asesinan.
 Se alza arrogante Calleja,
 El Virey le felicita,
 Y con desusada pompa
 Orgullosa se encamina
 A la casa que lo aloja,
 Que es una estancia magnífica,
 Y marca el número doce
 Calle de las Capuchinas.

ROMANCE PRIMERO DE LA INSURRECCION.

¿Quién pinta al huracan cuando desata
 Entre los montes su furioso vuelo;
 Cuando agita como olas los peñascos
 Y hace torrentes del soplar del viento?
 ¿Quién describe al horrendo terremoto
 Las bases de la tierra sacudiendo,
 Descarriando los rios caudalosos,
 Los collados moviéndose como ébrios?
 ¿Quién al volcan retrata en el instante
 De vomitar terrífico su fuego
 Cuando la lava en chorros y torrentes
 Se encrespa, salta, y férvida cundiendo
 Borra y desaparece lo que toca
 Con ímpetu satánico y estrépito?
 ¿Quién pinta el reluchar de los tiranos?
 ¿Quién el enojo de los bravos pueblos